

Luis MICHELENA

---

## URQUIJO y la SOCIEDAD de ESTUDIOS VASCOS

El elogio póstumo de un autor y la apreciación crítica de su obra pertenecen a géneros muy diversos, y no solamente por una diferencia de temperatura, ya que el primero es más dado de suyo a efusiones de mejor o peor ley: no está al alcance de todos el tono justo que consiguió Pericles, por lo que cuentan, en una memorable ocasión. Son diversos, más que nada, porque se proponen fines distintos, no pocas veces contradictorios. En el primer caso, invocando si es menester el *de mortuis*, es obligado el encarecimiento y no hay árbol, por desmedrado que sea, del que no se pueda sacar madera, en tanto se envuelven en un espeso silencio, en intención piadoso, aspectos menos favorables, cuando no alejados de toda posible justificación. El examen crítico, por el contrario, sólo podrá poner de manifiesto los méritos al contraluz de cortedades y limitaciones.

Por fortuna, no hay la menor incompatibilidad si se trata de don Julio de Urquijo e Ibarra, cumplido ya el primer centenario de su nacimiento en Bilbao, más precisamente en Deusto. No hay necesidad de encerrar en su estuche los anteojos críticos, a fin de poder tomar lentejuelas por perlas, al ponerse a hacer su elogio. Más aún. No cabe elogio más alto que el examen crítico, cuanto más crítico mejor, de su vida y de su obra. Esta, que sigue viva entre nosotros, es el fruto duradero que nos ha quedado de aquélla.

No es este momento de entrar en detalles sobre la vida, que otros conocen mucho mejor, y sobre la obra de don Julio. En el Homenaje en tres volúmenes que la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País le dedicó en 1949 como número extraordinario de su *Boletín* (en él empecé yo, si se me permite un recuerdo personal, mi vida profesional) hay abundante información todavía no bien cernida, acerca de su biografía, biblioteca y publicaciones (1).

En los comienzos de su carrera (porque el ocio de don Julio no fue *sine litteris* y el hecho de que no tuviera que trabajar para vivir más bien añade que quita, sobre todo entre nosotros, a su obra), hay un amplio margen en que el azar, más que la necesidad, parece mover sus pasos. Después, como siempre ocurre, el ámbito en apariencia ilimitado de las posibilidades de la primera juventud fue quedando cada vez más acotado: cada paso que daba iba determinando los que en lo sucesivo había de dar.

El volapük, ahora olvidado, le trajo a la lengua vasca. La voracidad indiscriminada, muy superior a sus medios de fortuna, de don Julio Cejador y Frauca que, aunque decidido a no hacer el menor caso de ello, quería con todo enterarse del pensamiento «moderno» en materia de lengua, le movió a adquirir esas obras venerables de los patriarcas de la lingüística comparada (Bopp, Diez, etc.) que hoy, gracias a los dos, podemos consultar sin salir del país (2). De la bibliofilia, que bien pudo haberse convertido según suele en bibliomanía crónica e incurable, pasó a la bibliografía. Y ya desde sus primeras notas, hay un empeño manifiesto en salir de la mera descripción material, del detalle sólo significativo en un contexto más amplio para llegar, esa es siempre la intención, a una contribución, menuda o grande, a la historia de la cultura.

Don Julio no se dedicó a acaparar tesoros para sí, para propia satisfacción; esos tesoros que el orín y la polilla, en forma de here-

---

(1) Véase ahora Juan Ramón de Urquijo, *Euskera* 16 (1971), 53-64.

(2) La contraposición de ambos Julios, próximos primero y apartados después, muestra que no es conveniente mezclar las especies, según ha sido costumbre entre nosotros. Apenas puede caber duda ahora de que, con independencia de las cuestiones de otro orden que pudieron separarles, Urquijo estaba en lo justo al rechazar, por razones intrínsecas, los trabajos lingüísticos de Cejador, uno de los más preclaros ejemplos de eso que ahora llaman celtiberismo, aunque él fuera ilergete de nacimiento, en el orden cultural. Tenía toda la razón Ortega y Gasset en su juicio de 1906; véase Ernesto y Enrique García Camarero, *La polémica de la ciencia española*, Madrid 1970, p. 413 ss. No tanto, en cuanto a Astarloa. Hoy sabemos mejor lo que G. de Humboldt pensaba de éste. Mucho ha contribuido a ello la iniciativa de Urquijo (ya Unamuno, justo es reconocerlo, fue un precursor), por obra sobre todo de Justo Garate.

deros despreocupados, tantas veces suelen devorar y dispersar. Ya con Cejador fueron libros comprados para otro, antes que para el propietario mismo. Después, hasta el final de su vida y más allá, fueron libros comprados para él y para los demás. Nadie, que yo sepa, se ha quejado jamás de su exclusivismo; muchos, yo mismo entre ellos, hemos tenido que alabar la extrema generosidad con que puso sus bienes a la disposición de todo investigador (3). Hoy, y no es esto lo menos importante, el País cuenta gracias a él (poco importa, ante eso, que sea precisamente aquí o allá) con un instrumento indispensable para empresas más altas. Indispensable aunque, por desgracia, no suficiente. Todo depende ahora de nosotros, de lo que queramos y sepamos hacer con lo que él nos legó.

Muchas cosas habían cambiado y otras muchas estaban a punto de cambiar, en el País y fuera de él, alrededor de 1900. De las banderillas de fuego que hace setenta años plantó en Bilbao Unamuno apenas queda aquí más que el recuerdo de una botaratada insigne: nadie se acuerda gran cosa, por ejemplo, de lo que Enrique Areilza bautizó maliciosamente como «los principios fagocitósicos del flexor sobre el aglutinante» (4). Frente a esto, lo poco que somos y tenemos en el orden cultural está cimentado en la obra de hombres como Urquijo, Azkue y Telesforo de Aranzadi, por no citar más que algunos nombres y reducirnos al campo que conozco mejor.

En ellos y en otras personas de la época hay, por encima de marcadas diferencias, una profunda semejanza, fundada en una identidad de propósitos. En todos hay una preocupación común, muy positivista, de atenerse a los datos escuetos, comprobados una y otra vez; de separar por fin, que buena falta hacía, polvo y paja, fantasía y realidad. A ello se añade, puesto que la recogida y clasificación de datos de poco vale sin un ensamblaje teórico, el interés por ideas más actuales. Su obra personal ha tenido continuidad en los tres casos: ésta está patente respecto a Azkue, a pesar de algunos altibajos; la de Aranzadi, que tuvo pronto a su lado a Eguren, sigue todavía representada por Barandiarán, por no citar más que al primero y ma-

---

(3) Habría que publicar íntegramente (algunas no parecerían hoy tan indiscretas como hace años) las notas, a veces extensas y muy personales, intercaladas en su ejemplar del *Essai d'une bibliographie de la langue basque* de Vinson. Dejé incompleta, no sin sentimiento, la que transcribí en la ed. de Betolaza, *BRSVAP* 11 (1955), 83 ss.

(4) Doctor Areilza, *Epistolario*, intr. y notas de José M.<sup>a</sup> de Areilza, Bilbao 1964, p. 107 (carta a Aranzadi, 1905).

yor, con ambiciones cada vez más amplias; a la de Urquijo está dedicado casi todo lo que sigue (5).

Para bien o para mal, Azkue fue, sin duda, el más refractario a todo modernismo en las ideas. La formación científica y lo que por entonces se llamaba con término polémico europeísmo (6) le era conatural, por decirlo así, a Aranzadi quien, aun dejando a un lado su temperamento (7), era naturalista, al fin y al cabo. Téngase también en cuenta que la labor previa de desbroce era menos necesaria en el campo de la prehistoria, todavía naciente, y en el de la antropología, física y cultural.

Lo que asombra, dados los antecedentes, es la postura de Urquijo. Estudiante de Derecho en Deusto, licenciado por Salamanca, diputado a Cortes en sus ratos libres cuya posición en la cuestión dinástica (8) es de sobra conocida, tuvo, al parecer por simple sentido común, una idea de extraña claridad sobre algo que había hecho sus primeros pasos, ya decisivos, en el siglo XVII: hablo, aunque sea ocioso subrayarlo, de lo que todo el mundo llama revolución científica. Esto es más notable cuando se piensa que nuestro famoso Rector de Salamanca, tan dado a lecturas nórdicas, murió sin haber sabido jamás a qué carta quedarse (9).

Basta con reproducir el final de la ponencia de Urquijo en Oñate (1918) sobre el «Estado actual de los estudios relativos a la len-

---

(5) Por limitaciones manifiestas, no se puede intentar aquí ni siquiera un esbozo de la historia cultural de medio siglo. La aportación vasca a la Medicina, como ha indicado Luis S. Granjel, exigiría por sí sola un extenso estudio. Señalaré, con todo, que nuestros médicos, acaso el sector más distinguido de nuestra pequeña Ilustración, han cultivado con brillantez campos muy distintos. Baroja, al fin y al cabo, era uno de ellos.

(6) Ahora, algunos quieren convertir en España el europeísmo en una mera cuestión de renta *per capita*, expresada en una moneda tan europea como el dólar, sin ahondar en su distribución entre las distintas clases de *capita*. Pero la Europa moderna, si es algo, es libertad de pensamiento (que no es lo mismo que *libre pensée*) y, como corolario, ciencia y regulación política de los conflictos.

(7) No hablo de su carácter. A juzgar por el eco de sus cartas en las respuestas del doctor Areilza, mayo de 1968 había sido ampliamente sobrepasado por los estudiantes de la Facultad de Ciencias de Barcelona ya a comienzos de siglo.

(8) El carlismo es un movimiento de muy larga y no siempre bien conocida historia, mucho más complejo de lo que algunos simplificadores de profesión parecen creer.

(9) Es sorprendente en un bilbaíno la falta total de sentido económico de que da muestras Unamuno: así creía que los países "inventores" cedían generosamente sus inventos a los "no inventores" para que éstos disfrutaran de ellos gratuitamente sin haber tenido que romperse la cabeza. Baroja tuvo ideas mucho más claras: creía en la ciencia, si creía en algo. Sabía también que puede haber alguna relación entre el noble afán de vestir al desnudo y la necesidad de abrir nuevos mercados.

gua vasca» (10). Algún detalle podría quizá ser discutible, pero nada hay que quitar ni poner hoy en cuanto a lo esencial:

«Y, sin embargo, señores, la refutación de las opiniones caducas de los antiguos ídolos no debiera considerarse como labor demoledora, puesto que las ideas desechadas se sustituyen por otras más racionales, más científicas, más de acuerdo con la naturaleza de los hechos.

«Por eso me atrevo a afirmar que, si las Diputaciones vascas, tomando en consideración la parte positiva de mi conferencia, fomentaran el estudio de la lingüística en nuestro país, si crearan pensiones, si establecieran cátedras, si fundaran un laboratorio de fonética experimental, si ayudaran a la terminación del diccionario del señor Azkue y si consiguieran la publicación del *Atlas lingüístico del País Vasco*, lejos de merecer el dictado de demoledoras, se harían dignas del aplauso y del reconocimiento de todos los vascos y de los hombres cultos en general.»

En otras palabras, don Julio veía con claridad, sin ser sociólogo ni haber leído a Edward Shils, que la única manera de asegurar el porvenir de los estudios lingüísticos era su institucionalización académica. Da, y no podía menos de darlo, por supuesto que el único lugar en que esa institucionalización tiene un futuro asegurado por lo que se refiere a la lingüística vasca es el solar mismo de la lengua (11).

La institucionalización tiene que ser, por otra parte, universitaria, y esto es ya un hecho, no la opinión de alguno o de algunos. Baste con recordar la labor del Laboratorio de Eusko-Folklore en el Seminario Diocesano de Vitoria: de su fecundidad dan testimonio Julio Caro Baroja y el mismo don Pío. Pero un Seminario tiene funciones específicas que cumplir mientras exista. Lo demás es acceso-rio, fruto de las circunstancias, y un cambio en las condiciones, hasta un mero cambio de personas, trae consigo una poda que puede ser brutal, como lo fue en este caso, de cualquier adherencia extrínseca. Menos mal que por una vez la obra antigua ha sido recogida y continuada por el Grupo Aranzadi.

---

(10) *Primer Congreso de Estudios Vascos* (= *PCEV*, en adelante), Bilbao 1919, p. 427.

(11) José Félix de Lequerica, *PCEV*, p. 483, propuso la creación de "una sección dedicada al estudio de la lengua vascongada en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y, si procede, en su día, de una cátedra de la misma en la Universidad Central". Iba a escribir "propuso por el contrario", cosa que sería injusta: la iniciativa, siempre que se entendiera como complementaria y no como sustitutiva, era en sí digna de alabanza.

No se puede dejar de mencionar, aunque sólo sea de pasada, el valor que exigió la publicación en 1925 de *Un juicio sujeto a revisión. Menéndez Pelayo y los Caballeritos de Azcoitia*. El hecho de que su contradictor estuviera ya muerto más bien aumentaba el atrevimiento, ya que su autoridad seguía siendo único tribunal inapelable en medios a que Urquijo no era en modo alguno ajeno. Exigió valor, insisto, además de mucha erudición y de la mesura crítica que caracteriza toda la obra de don Julio. Sería pedir demasiado que éste hubiera empezado por discutir el concepto mismo de ciencia del autor de *La ciencia española*: sobre esto, José Echegaray, tan mal dramaturgo como se quiera, había expresado tiempo atrás ideas mucho más aceptables que las de don Marcelino. Lo que importa subrayar es que de esta polémica, como de todas aquellas en que intervino Urquijo, quedó un fruto duradero. Un mejor conocimiento de la Bascongada, primero, y un interés permanente, puesto que ya se ha contagiado a muchos, por un período histórico en tantos sentidos decisivo.

En el movimiento crítico y renovador en que tan activamente participó don Julio la historia, parece justo señalarlo, quedó algo retrasada, a pesar de la importancia de la contribución de autores muy conocidos. No hay razón, creo, para sorprenderse de ello. La materia es demasiado compleja, supone muy distintas especializaciones según las épocas y hasta según las zonas, y ha estado y está cargada, finalmente, de excesiva pasión por sus implicaciones políticas, directas o indirectas. Se diría también que el utillaje teórico que se manejaba entre nosotros no estaba a la altura de la tarea (12). Don Julio, que no fue exactamente un historiador, aportó por lo menos a nuestros estudios históricos un espíritu de objetividad, de respeto inflexible a los datos, y de ecuanimidad en el juicio.

Si hay algo que distingue a don Julio como erudito más que cual-

---

(12) En *PCEV* la historia no está demasiado bien representada, ni en cantidad ni en calidad. Merece recogerse el programa de Carmelo de Echegaray, p. 66, que su hermano Bonifacio realizó en buena medida, aunque no en el campo específico del derecho político: "...encareció la necesidad de dar una base científica al estudio del derecho político del País Vasco no sólo por la importancia que de día en día van adquiriendo las investigaciones que al mismo se refieren, sino porque hasta ahora sólo se acometió por motivos circunstanciales y para acudir a la defensa de las instituciones privativas de nuestro pueblo, cuando éstas eran objeto de ataques más o menos violentos. Aseveró que ese derecho político no hay que buscarlo tan sólo en el texto de los Fueros y de las leyes, sino sobre todo en las costumbres y en la manera como éstas venían siendo interpretadas por las Corporaciones llamadas a regir el país."

quier otra cualidad, es su estricto sentido crítico: el auténtico, el que se aplica hacia dentro lo mismo que hacia afuera. Es verdad que, en la superficie, esto aparecía trasmutado en virtud cristiana de modestia, pero no es esta, a mi entender, su significación más profunda. Estimaba simplemente en lo que valían su propia capacidad y sus propias limitaciones.

Hay testimonios de sobra, para quienes no le hayan conocido. Uno, bien antiguo y que procede de un observador excepcional, es el del doctor Areilza (13), en carta escrita a Aranzadi en 1908: «A mí me causó buena impresión, porque aparte de la buena intención admitía con modestia que él no estaba preparado en filología y etimología (14) y que se consideraba obligado a ser dirigido hasta que pudiera orientarse». Esto mismo fue casi lo primero que escuché de sus labios cuando le conocí, hacia 1949 (15): «Tengo que advertirle que yo no soy filólogo». Y esto me lo decía a mí que, entre otras cosas, no había acabado los estudios de licenciatura.

Esto, naturalmente, no era cierto, si se toman los términos en su valor corriente hoy: don Julio poseía en el más alto grado las cualidades de un excelente filólogo. Lo que quería decir es, traducido, que no era lingüista. Es decir, amplificando la traducción, que no tenía un conocimiento de la lengua vasca comparable, por ejemplo, al del lequeitiano Azkue, conocimiento que al lado de muchas ventajas tiene también algunos inconvenientes, como se ve mejor cuanto más se ahonda en las limitaciones de la llamada intuición lingüística o *Sprachgefühl*. Y también que le faltaban estudios especializados en lingüística. Esto no era, sin embargo, una profesión de humildad, auténtica o falsa, sino la expresión verbal de un hecho. Urquijo, ya

---

(13) *Epistolario*, p. 150.

(14) Tengo la sospecha de que las etimologías que le preocupaban en ese momento no eran, en contra de lo que podría pensarse, producto indígena. Procedían más probablemente del conde de Charencey, fundador en 1863, con nuestro Antoine d'Abbadie, de la *Société de Linguistique* de París. Cf. E. Benveniste, *BSL* 66 (1971), 19 ss., sobre todo p. 23: "le comte de Charencey dont l'activité et le dévouement ne doivent pas être oubliés, se plaisait à des étymologies de mots rares ou à des rapprochements entre des langues lointaines qui malheureusement étaient toutes aussi mal connues". Schuchardt aseguró al parecer al desconfiado Urquijo que, en el fondo, Charencey acertaba la mitad de las veces. Mi opinión personal es que la proporción de aciertos andaba cerca del cero absoluto. Y en este caso comparaba lenguas que eran, o debían haber sido, bien conocidas.

(15) En realidad, le conocí durante las elecciones a Cortes Constituyentes en 1931. Pero nuestra relación se limitó a estar sentados con otras personas en la misma habitación en una visita de cortesía en que él habló poco y yo, que tenía 15 años, nada,

lo hemos dicho, se conocía muy bien, y se limitaba a reconocer sus limitaciones y a tenerlas siempre en cuenta. Pero, además, como fundador y director de la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, necesitaba también conocer las limitaciones de los demás y no siempre, sobre todo en sus primeros pasos, podía tomar decisiones —a las que siempre se atuvo con un rigor que le costó perder amistades— sin asesoramiento ajeno.

Ya se sabe que Hugo Schuchardt fue el mentor de nuestro ya no tan joven Telémaco: éste tenía ya 36 años en 1907, primero de la *Revista*. Alguna vez he indicado someramente lo que esto tuvo, para nuestros estudios, de ventajoso y de desventajoso. Schuchardt, además de ser un romanista de primera calidad, reunió una amplitud de conocimientos y de intereses difícilísimo de encontrar en un especialista. Por otra parte, y ya en un terreno muy concreto, es admirable su conocimiento de la lengua vasca, antigua y moderna, con inclusión de su amplia diversidad dialectal. Es fácil estar en desacuerdo con Schuchardt en materia de historia de la lengua, y yo lo he estado, a tuertas o a derechas, *more often than not*; muy difícil, por el contrario, que su sentido de la lengua pueda ser hallado falto. Creo que cualquier vasco de primera lengua, y no me excluyo de la lista, ha pecado más a menudo que él por traducciones falsas y por interpretaciones erróneas.

Schuchardt trajo a la *Revista*, y con ello a los estudios vascos, un espíritu abierto, amplio, libre de sectarismos, si se pasan por alto los excesos nada despreciables del antisectarismo. Pero su influencia decisiva tuvo también consecuencias que hoy no pueden considerarse del todo favorables. A él se debe más que a ningún otro que la lingüística vasca no haya conocido una etapa neogramática —o la haya conocido tan sólo con enorme retraso— análoga a la que dio frutos abundantes en otros campos próximos y lejanos, sobre todo en el aspecto diacrónico. Y no se puede olvidar que, por motivos que no es del caso explicar, el interés histórico ha tenido siempre claro predominio en nuestros estudios.

Schuchardt, conviene subrayarlo en este contexto, era un heterodoxo. Heredero de una rica y compleja tradición, que daba por su puesta, estaba en abierto desacuerdo con bastantes aspectos de las doctrinas dominantes por aquel entonces. Pero esa tradición, sobre la que se construía o se destruía en otras partes (16), era punto me-

(16) Muchas veces se han recogido las palabras de Hermann Paul, *Prinzipien der Sprachgeschichte* (1880), conforme a las cuales el método histórico es el único científico en lingüística, con comentarios que van de la reprobación al asombro.



nos que desconocida en nuestro campo: Campión, uno de los pocos que en el País llegó a enterarse de la existencia de la corriente neogramática, la rechazaba abiertamente. En esto influyó sin duda el retraso francés (17), por no hablar del español (18), en materia de lingüística comparada. Nosotros pasamos sin transición de Bonaparte, más dotado para recoger hechos que para formular teorías (19), de Edward S. Dodgson (el hermano de Lewis Carroll), de van Eys y de Julien Vinson, que fue más bien un conocedor de lenguas, en parte por azares de nacimiento, que un lingüista (20), a la dictadura de Schuchardt.

Neogramático más que otra cosa, a juzgar por lo que llevaba publicado y en particular por su *Kurzgefasstes etymologisches Wörterbuch der altindischen Sprache* (1898), era C. C. Uhlenbeck que empezó, como era de rigor, con un estudio de fonética comparada de los dialectos vascos. Pero no siguió por ese camino, y Schuchardt tiene algo que ver con ello. Uhlenbeck, con noble modestia, reconoció siempre la genialidad de Schuchardt: hay, a este respecto, un diálogo entre Uhlenbeck y Meyer-Lübke (21), que Urquijo se complacía

---

Al menos el último carece de justificación. F. Engels, que trabajó en dialectología germánica (cf. V. M. Zhirmunskij, *Vvedenie v sravnitel'no-istoriceskoe izucenie germanskix jazykov*, Moscú 1964), escribía en el primer prólogo (1878) de su *Anti-Dühring* (cito por la trad. de J. Verdes Montenegro, Buenos Aires<sup>2</sup>, 1967) cosas como ésta (p. 9): "La ciencia del pensamiento es, por consiguiente, como todas las ciencias [sic] histórica, la ciencia del desarrollo histórico del pensamiento humano". Compárese también su desdén por la "deificación" de Newton, que se atuvo a una descripción estática del sistema solar, frente a Kant, que "explicó" su evolución con "dos hipótesis geniales, sin las cuales no podrían dar un paso las modernas ciencias naturales teóricas" (pp. 12, 21 s.). Como equivocación, si todo es equivocado, la de Engels parece gigantesca al lado de la de Paul.

(17) Según Meillet, *Introduction à la linguistique comparative des langues indo-européennes*<sup>8</sup>, París 1937, el *Précis de grammaire comparée du grec et du latin* de V. Henry era "le seul bon manuel de grammaire comparée générale qui existât en langue française avant la traduction [1905] de l'*Abrégé* de Brugmann". El precursor Bopp había sido traducido por Michel Bréal en 1866.

(18) Es aquí fenómeno casi único una persona informada como A. Amor Ruibal, *Los problemas fundamentales de la filología comparada. Su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas*, Madrid, 2 vols., 1904-5.

(19) Léase el comentario, muy justo, de Schuchardt en *RIEV* 3 (1909), 133-139.

(20) Sería injusto silenciar que todos ellos, lo mismo que Linschmann y Schuchardt, fueron precursores de Urquijo en la edición de textos vascos. Vinson, por otra parte, cuenta, a pesar de la fobia de Aranzadi, con indiscutibles méritos como bibliógrafo y folklorista.

(21) Los dos artículos de éste aparecidos en *RIEV*, 14 (1923), 463 ss., y 15 (1924), 209 ss., aunque no abran nuevos caminos, merecían en justicia haber tenido mayor efecto del que tuvieron.

en repetir. Schuchardt era, a su juicio, un hombre excepcional, no un honesto operario que sabe valerse con talento de las técnicas aprendidas de otros. Tampoco podía dejar de ver Uhlenbeck la inmensa ventaja que aquél le llevaba en conocimiento de la lengua. Finalmente, y es imprescindible señalar esto, Uhlenbeck no era romanista y, por raro que esto parezca a algunos, no se puede dar un paso en lingüística histórica vasca si no se está decidido a enfrentarse con los romanistas en el terreno propio de éstos. Uhlenbeck nunca se atrevió a tanto (22).

Para acabar con Schuchardt, y lo recojo porque la *RIEV* no fue ajena a la polémica, no dejará de ser saludable recordar, para quienes crean en el valor aleccionador de la historia, que éste padeció su Waterloo a manos de otro gran intuitivo, nada timorato, don Manuel Gómez Moreno, a propósito precisamente de uno de sus trabajos elaborado, al menos en apariencia, con la más rigurosa *Akribie: Die iberische Deklination* (1908). El nuevo sistema de lectura de la escritura ibérica por Gómez Moreno y el descubrimiento del plomo en caracteres griegos de Alcoy redujeron a la nada, por más que esto tardara unos veinte años en ser reconocido, la severa construcción del austríaco.

Pero, con Schuchardt o sin Schuchardt, la revista siguió su curso hasta 1936, fecha en que aún no se había colmado la cuenta de sus años. No necesita encomio ni ponderación el acierto y la tenacidad con que don Julio supo mantenerse fiel a su propósito inicial. Mantuvo en todo momento su calidad, cayera quien cayera, y, aleccionado por la experiencia, la fue mejorando. Consiguió además algo que todo el que tenga experiencia en la materia sabe cuán difícil es de conseguir: lograr que nuevos voluntarios llenen los vacíos que van dejando las bajas; que nuevas generaciones, dentro y fuera del país, vayan tomando el relevo de las antiguas. Así, la revista fue cambiando poco a poco de fisonomía, pero siguió fiel hasta el final a los proyectos del primer día.

Creo que éstos, en esencia, pueden resumirse en dos puntos. Conseguir, en primer lugar, que los estudios vascos en general, y los lingüísticos en particular, alcanzaran y mantuvieran un nivel digno, lejos de fantasías y de arbitrariedades, propio de su tiempo, gracias

---

(22) Conviene recordar, puesto que hablamos de Urquijo, lo que Pedro de Yrizar señaló con buen fundamento en su necrología de Uhlenbeck, en *BRSVAP*. Este apenas puede llamarse colaborador directo de la *RIEV*: casi todo, si no todo, lo que aquí apareció eran traducciones o reproducciones de trabajos publicados en otros lugares.

en parte a la ayuda que de fuera pudieran recibir para suplir las deficiencias locales. En este sentido, como ha dicho Fausto Arocena, don Julio fue el más xenófilo de nuestros hombres. Por grande que fuera su apertura, en segundo lugar, don Julio no podía menos de pensar que, por la fuerza de las cosas, el centro más activo de los estudios vascos tenía que radicar en el país mismo. Una revista que consiguiera ser internacional por su calidad, no solamente por su nombre, podía ser un poderoso instrumento para llegar, en torno a ella, a algo más amplio y más ambicioso. No pienso equivocarme al suponer que, en el fondo, las aspiraciones de don Julio, que se movía en otro terreno, no eran distintas de las del doctor Areilza sobre la entonces futura y hoy real Facultad de Medicina de Bilbao (23). Estas aspiraciones tienen un nombre que hoy, cuando aquí en Salamanca oigo y leo cada día el nombre (contra el cual no tengo, quede dicho por si acaso, la menor objeción) de la Universidad extremeña, podemos mencionar en la seguridad de que nadie se va a asustar: esa aspiración se llamaba y se llama Universidad vasca (24).

Acaso no esté fuera de lugar un inciso, que no creo va muy descaminado, sobre unas palabras que don José Ortega y Gasset pronunció en San Sebastián en 1949 a propósito de Goethe y los Amigos del País, que vale la pena de copiar al pie de la letra (25):

---

(23) Cf. P. Mourlane Michelena, 1926, recogido en *Epistolario*, p. 219: "La fundación de la Universidad —nos escribía el doctor cuando el mitin del teatro Arriaga— es ya exigencia obligatoria de la cultura a que nuestro pueblo tiene derecho'. Bilbao quiere —decíamos nosotros— la Universidad. Y la quiere con el albedrío extenso con que las ciudades, en el mediodía de su dignidad, entran en la Historia. 'Sí —pensaba don Enrique—, pero hay que moverse cautamente. Vds. piden cuatro Facultades, La de Medicina, la de Medicina. Con ésa hay que romper brecha en el recelo del Estado'. Hoy, añadido por mi cuenta, tenemos, sin mayor recelo de la autoridad central, Facultades de Medicina y de Ciencias en Bilbao, añadidas a la ya existente de Económicas, Facultad de Derecho en San Sebastián. Nos falta, siento tener que recordarlo, una Facultad de Filosofía y Letras, una Facultad del Estado, en algún punto del País. En esto trabajaron don Julio y la *Revista* por él fundada, más que en otra cosa; para esto sirve antes que nada la biblioteca que él reunió y nos dejó. Y la falta de esa Facultad no puede ser paliada ni con excusas ni con sucedáneos.

(24) Ahora menos que nunca deben ser olvidados los amigos de los tiempos difíciles, entre los cuales se cuenta en muy primer lugar Antonio Tovar, desinteresado protector de los estudios vascos y fundador de la Cátedra "Manuel de Larramendi" en esta Universidad de Salamanca. A don José María Caballero, presidente entonces de la Diputación de Guipúzcoa, se le debe la fundación del "Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo", sin que pueda pasarse en silencio el muy eficaz asesoramiento de don Mariano Ciriquiain-Gaiztarro, cuya intervención personal sólo conocemos unos pocos iniciados.

(25) Las tomo de *BRVAP* 17 (1961), 246 s.

«Este movimiento goethiano cosmopolita, que es de signo opuesto, conste, a cualquier internacionalismo..., que va del terruño hacia la más amplia unidad, que no abandona aquél, sino que lo transporta hacia una forma superior de ser hombre, animó en sus orígenes a vuestra sociedad y hará siempre eficaz su influjo en esta encantadora comarca, siempre que no resuelva disminuirse en pura Sociedad de Estudios Vascos [sic], lo que sería la más completa tergiversación de su instinto fundacional, el cual no se proponía provincianizar a Guipúzcoa (26), sino al revés, desprovincianizarla, desaldeanizarla, tarea espléndida y fértil que sigue siéndole no poco menester».

Dos cosas me han sorprendido en Ortega, además de su delicado tacto y de su estilo pirotécnico: el que éste no acabe de caerme en gracia sólo demuestra, según toda evidencia, mi escasa sensibilidad. Una es su vocación irreprimible a pontificar *opportune et importune* en el tono más solemne; otra, el escaso número de aciertos en las predicciones a que fue tan aficionado. No es preciso ser un experto en historia para llegar a sospechar que la situación en 1949 acaso no fuera del todo comparable, aquí o en otra parte, a la de 1764. La «disminución en mera Sociedad de Estudios Vascos», desaconsejada en virtud de «peculiares e intransferibles obligaciones», es una buena muestra de miopía o ceguera, miopía o ceguera ofensivas, por otra parte, para cuantos recordamos que esa Sociedad, acaso menos aldeana en el terreno de los hechos que la *Revista de Occidente*, no interrumpió su actividad por muerte natural: el recuerdo estaba por necesidad mucho más vivo en 1949 que en el año de gracia en que escribo estas líneas. Pero el Maestro estaba tan «inmerso» en su mínima tragedia personal que las de todos los demás se le figuraban de pequeña entidad.

De aquí se podría sacar acaso la moraleja, si llegara a tanto nuestro atrevimiento, que no tiende a lo universal quien quiere, sino quien puede. Y, como corolario, que esto es más bien cuestión de ética que de saber o de inteligencia. Hay que resignarse a aceptar la condición que a uno le ha cabido en el concierto o desconcierto universal: la de cola de león, por ejemplo, en vez de tratar de ser a toda costa, en un marco que no por más dilatado deja de ser local, ca-

---

(26) Ni la Sociedad de Estudios Vascos (ni, para el caso, la Vascongada de los Amigos del País) se circunscribió jamás a Guipúzcoa, aunque otra cosa pensara el Maestro, ni Guipúzcoa ha sido "provincia" en el mismo sentido que Cuenca: no por nada hemos sido los "provincianos" por excelencia entre nuestros vecinos, denominación que no ha desaparecido aún del todo. Y conste que esto es un simple *statement of fact*, cuyas pruebas están al alcance de cualquiera; no una manifestación de orgullo con su contrapartida de menosprecio.

beza de ratón. No todos, ni siquiera todos los privilegiados de la fortuna, pueden estar a la vez en el *omphalos* del mundo. Sin ser precisamente un partidario del aldeanismo cultural, creo que éste conoce muy diversas especies: hay, sin paradoja, hasta el aldeano que ha estudiado en Marburgo y habla alemán. No está que digamos libre de este pecado quien llegó a convencer en España a toda una generación de que Dilthey, Heimsoeth, Scheller, Simmel y compañía (sin olvidar a Aloys Müller) eran la última palabra del pensamiento universal, que ni por casualidad había llegado a expresarse en inglés. Hay que ser muy obstinado para ocultar a todo un país la existencia (no hablo del marxismo, que tenía sus medios propios de difusión) del Círculo de Viena. Como víctima entre otros muchos de este juego de prestidigitación, no estoy, ni mucho menos, dispuesto a olvidarlo o a excusarlo.

La *Revista Internacional de los Estudios Vascos* pasó, por voluntad de don Julio, a ser órgano de la Sociedad del mismo nombre. No me atrevería a afirmar que ésta nació de aquella, puesto que en su nacimiento confluyeron muchas buenas y eficaces voluntades, pero sí que ambas fundaciones están muy lejos de ser independientes entre sí.

La Sociedad se constituyó, como todos sabemos, en Oñate, en 1918. Allí se juntaron gentes de varia condición, desde hombres del pueblo arrastrados por su inquietud hasta S. M. Alfonso XIII; se pronunciaron discursos de orden también muy diverso (27), unos meditados y otros imprudentes, aunque de imprudencia que se sabía nada peligrosa, buen testimonio en algún caso de la extrema variabilidad

---

(27) Hay unas palabras de don Gregorio de Balparda que merecen un breve comentario porque parecen tener eco reciente en medios más bien inesperados. Habla de "una organización social eminentemente jerárquica y oligárquica como la que dominaba en Vizcaya por 1794" (*PCEV*, p. 732), como si la de Avila o Salamanca hubiera sido por aquellas u otras fechas un ejemplo de democracia representativa e igualitaria. Se olvida, por desgracia, de que acaba de transcribir las palabras de Tallien (p. 727) a quien, por razones obvias, no podemos considerar apasionado en esta ocasión: "la provincia de Guipúzcoa... y la de Vizcaya..., son dignas de un gran interés... En medio de la servidumbre general, han conservado grandes restos de libertad: tienen leyes constitucionales, muchas de las cuales tienen con las nuestras una analogía sorprendente... El carácter de sus habitantes es enérgico como sus leyes". Es difícil evitar la conclusión de que, por cercanía en el tiempo y por lejanía en la pasión, el convencional, cuyas palabras iban a ser repetidas y amplificadas poco después por un observador tan agudo y ponderado como Guillermo de Humboldt, es más digno de confianza que Balparda.

de las opiniones humanas (28); se propusieron varias iniciativas y se establecieron algunas cosas. Entre lo que quedó en pie está, en primer lugar, la Sociedad misma; en segundo, la Academia de la Lengua Vasca que, a diferencia de aquélla, no ha dejado todavía de existir en el mundo real.

Hoy parece claro que, aunque la *Revista* se convirtió en órgano de la Sociedad, es como el primer germen en torno al cual, envuelta en el prestigio bien ganado desde 1907, se constituye y desarrolla la Sociedad. Hay, creo, una precedencia no solamente en el tiempo, sino también en el orden de la causalidad.

Hay, evidentemente, otros hombres junto a Urquijo, más entregados algunos a la política que él, que juegan un papel decisivo: así don Julián Elorza, último presidente de la Sociedad. No se debe, sin embargo, apreciar en menos de lo que vale la importancia de Urquijo, como precursor primero y como orientador siempre.

Don Julio fue en el más pleno sentido de la palabra un hombre de lo que podríamos llamar para entendernos, aun a riesgo de sacar las cosas de quicio, el «Antiguo Régimen» español. De este periodo, en otras palabras, que va desde la consolidación de la Restauración hasta 1936: cada vez parece más claro, en efecto, que sus seis últimos años representan en el fondo, para una consideración histórica despegada de motivaciones personales, una continuación y no una ruptura. Aunque no faltan los signos, que venían ya de muy atrás, que prefiguran el futuro (1934 es una fecha que merece mención especial), hay un estilo de vida y de convivencia que se mantiene en lo esencial. En el orden cultural, este es el período que, en abierta contraposición a interesados menosprecios recientes, se ha empezado ya a llamar, no sin algún fundamento, el «Medio Siglo de Oro».

No puede menos de señalarse el afortunado esfuerzo de don Julio por mantener la *Revista* por encima de partidismos, que estaban lejos de faltar. Tampoco fue pequeña hazaña la de los sucesivos rectores de la Sociedad que ganaron y mantuvieron una bien merecida fama de imparcialidad al servicio de fines más elevados. No porque «no se metieran en política», pues hay actos conocidos de la Sociedad que son políticos a los ojos de cualquiera, sino porque esos actos y su actividad general estuvieron libres, en la medida de lo humanamente posible, de matiz partidista.

Esta afirmación, como toda afirmación general, tendría que ser

---

(28) Me cuesta resistirme a la tentación de copiar las palabras de Esteban Bilbao, el más subido ejemplo de elocuencia y de calor —destinado a menguar antes de mucho— en aquellos actos,

matizada. En ningún grupo humano, si se prescinde de ciertas apariencias que ya no engañan ni a los más incautos, hay ni puede haber una total unanimidad: no puede haber, por ello mismo, ninguna entidad que represente a todas las fuerzas y tendencias de un país. Hay, en el mejor de los casos, grupos mayoritarios o dominantes que no se cuidan mucho de enunciar ciertos principios, porque los dan por supuestos y básicos. Así pues, si se hojean las páginas del *PCEV* con propósitos distintos de los que suelen mover por lo general a quienes lo manejan, se echa pronto de ver (basta con un rápido examen de las listas de personas y entidades inscritas o adheridas que cierra el volumen) lo que en el momento de su creación representaba y lo que no representaba la Sociedad.

La primera impresión que se saca es que, como *Euskaldunak* de Orixe, el Congreso se ocupa más de la Vasconia tradicional que de la Vasconia real, más bronca y menos idílica, de 1918. El mundo industrial, por citar un ejemplo, está más aludido que estudiado. Hay una comunicación de Wenceslao Orbea sobre «Mediana y pequeña industria» (pp. 189-197), pero nada, si no me equivoco, sobre la gran industria. No hay ninguna sobre sindicatos obreros, y no es sólo que no la haya: casi parece impensable en aquel contexto. Sí aparece, por el contrario, la «familia troncal» que ocupa un espacio que ahora se nos figuraría excesivo (29).

Según el reglamento, la Sociedad se declaraba confesional, aunque con una muy discreta elegancia: «...esta Sociedad atenderá, tanto a los elementos básicos y peculiares de su personalidad [sc. la del País] como a los que integran la cultura universal y cuya aplicación sea procedente en este País, dando preferencia a aquellos que se reputen más urgentes. En unos y otros se proveerá con especial cuidado a los intereses peculiares de las diversas regiones de la tierra vasca, informados del carácter religioso que siempre han tenido». Si esto es acaso más implícito que explícito y pensado de manera que no fuera barrera para nadie (30), tampoco puede haber duda de que la Sociedad era confesada y reconocidamente vasquista, por emplear el término neutro que ya estaba entonces en uso.

Con esto queda dicho, para quien conozca la distribución de las fuerzas en aquel entonces y las posiciones que oficialmente ocupa-

---

(29) Hay, con todo, un reconocimiento explícito de la lucha de clases (los *habentes* y *carentes* de la p. 69) por Manuel Chalbaud, que habló sobre "Estabilización de las clases sociales vascas".

(30) Aquí y en otros muchos lugares se cree adivinar la elegante mano del malogrado Gregorio de Mújica, secretario del Congreso.

ban, hasta dónde llegaban y hasta dónde no llegaban las adhesiones iniciales. Una muestra vale más que cien comentarios: está en la lista Joaquín Zuazagoitia, pero no Julián Zugazagoitia. La mayor apertura en una de las direcciones se manifiesta en lo que podríamos llamar nuestra Ilustración: junto a Enrique Areilza o a Pedro Mourlane Michelena, aparece José Madinabeitia (31), que tuvo una destacada intervención en el congreso siguiente (1920) y quedó al frente de la sección de Medicina desde 1923.

A mi entender, un análisis de estas listas, no demasiado estudiadas hasta ahora, bastaría para que muchos vieran con sus propios ojos cuál era el estado de cosas en una época que, siendo tan reciente, parece estar cada vez más olvidada: ello borraría, digámoslo de paso, muchas de las falsas especies que son tan corrientes ahora que se ha empezado de nuevo a hablar de cosas vedadas. Las coaliciones, ocasionales o permanentes, son variables por naturaleza y las listas de este Congreso son un testimonio tan ilustrativo como cualquier otro del *renversement des alliances* que algunos hemos vivido y cuyas consecuencias están, si queremos tomarnos la molestia de fijarnos en ellas, a la vista de cuantos hoy respiramos.

Una de las características que marcan a don Julio como hombre de otra época —no mejor acaso que la nuestra, pero sí más amable y humana— es su actividad, nunca interrumpida, de polemista. Porque lo fue, y más bien adquirió fama de duro que de blando en esa delicada actividad. Pero lo que asombra hoy, cuando nuevas generaciones criadas en el dogma de que toda discusión pertenece a un pasado superado se han ganado a pulso la posibilidad —no el derecho, que no acaba de ser reconocido— de polemizar sin que hayan aprendido (32) las buenas maneras, es la moderación y cortesía de don Julio. Lo mismo da que el contradictor fuera Luis de Eleizalde, Pío

---

(31) Cf. E. de Arantzadi, *Ereintza (1894-1912)*, Zarauz 1935, p. 82: "En la lista de suscriptores [de *El Fuerista*] remitida el 14 de diciembre de 1897 aparece D. Tomás de Meabe... Bilbao, y D. José de Madinabeitia... Bilbao, pontífices socialistas más tarde."

(32) ¿Quién se ha cuidado de enseñárselas? Desde luego, no lo ha hecho la Prensa, con las obligadas excepciones, ni otros medios de difusión. Por mi parte, confieso no haber contribuido gran cosa a ello. Pero yo pertenezco a la generación de los *angry old men*, que tienen algún derecho a sentirse irritados, aunque la mayoría parece haber renunciado a él. No a la de los resentidos, que es cosa muy distinta. Creo que podría demostrarse, si el camino no fuera tan escabroso, que los resentidos, entre nosotros, se encuentran más que nada en la grey de aquellos sobre cuyas espaldas la Fortuna, por acogernos a la fórmula más impersonal, ha acumulado gracias desmedidas.



Baroja o Juan de Olazábal: don Julio, que no daba un paso atrás cuando creía hallarse en posesión legítima de su terreno, se mantuvo siempre dentro de las más estricta corrección. Y, al menos por una vez, salió alguna luz de la discusión. De la que mantuvo con Eleizalde, por ejemplo, el interés, que él fue uno de los primeros en despertar, por los nombres vascos tradicionales, interés que está lejos de haberse extinguido (33).

Paso a su reputación de iconoclasta, reputación que él mismo aceptó con algo así como entre timidez y orgullo. Hay, a propósito de esto, una curiosa anécdota, contada por él mismo, que vale la pena reproducir:

«Hace algunos años, cuando yo vivía en Donibane Lohitzun, solía discutir, con frecuencia, de estas materias con un respetable patricio guipuzcoano, hombre de clara inteligencia y de un gran amor al estudio, pero que, aferrado a los viejos prejuicios de nuestros vascófilos, vive encastillado en sus quimeras y en sus ensueños. Sus alegatos en contra de mis ideas, que a él se le antojaban revolucionarias, terminaban, invariablemente, con este reproche: «¡No cabe duda de que eres un gran demoledor!»

«Cierta día me mandó llamar con urgencia. Acudí, inmediatamente, a su casa de la vieja Zubiburu, temeroso de que le hubiera ocurrido algo grave, y me recibió, tranquilamente, con estas palabras: «Te he rogado vinieras, porque están derribando la casa vecina, y no he dudado de que este espectáculo te llenaría de satisfacción» (34).

También aquí el paso de los años nos deja una imagen deformada. Visto con ojos de hoy, Urquijo no se nos presenta como un revolucionario, y me atengo al terreno científico, naturalmente. Si le encontramos falto en algo, más bien es, y creo que esto expresa el consenso general, porque nos parece un tanto timorato y demasiado inclinado a lo que entre nosotros se suele llamar purismo. Ya he expuesto en otro lugar (35) su actitud, mezcla de atracción propia y de temor a la opinión ajena, que creía más autorizada, sobre el vocabulario de Landucci. No sucedió otra cosa con las pastorales suletinas, por no parecerle buenos modelos de lengua, en lo cual le creo

---

(33) Véase "Anso = Sancho. Artículo en que se defiende la equivalencia de ambos vocablos", *Euskal-erriaren alde* 11 (1921), 338, y ya antes *RIEV* 5 (1911), 56 s.

(34) *PCEV*, p. 426.

(35) En la introducción a la edición, con Manuel Agud, de su *Vocabularium linguae Cantabrigae* (1562), San Sebastián 1958, p. 11 s.

equivocado, ni ejemplos de moralidad, materia sobre la cual siento no tener opinión. No era fácil que hallara una posición equilibrada cogido como estaba, sin salida posible, entre don Patricio de Orcaiztegui, para quien hablar y escribir «tolerablemente» la lengua vasca era empresa ingente al alcance sólo de un puñado de elegidos, y Hugo Schuchardt, llevado por su deformación profesional y por su afición a los híbridos a ver siempre en lengua y textos influencias extrañas. Así le ocurrió, como ya he señalado varias veces, en su magnífico comentario de los *Refranes y Sentencias* de 1956, ya desde el primer refrán: *Adiadi ce jaun goycoa dagoc adi* «Mira con cuidado, que el Señor de lo alto te está mirando». Una cosa es que esa construcción, donde *ze* es el equivalente de rom. *que*, sea en último término debida a contacto. Otra, muy distinta, que su presencia en un refrán delate a éste como mera traducción. En una zona del país, esa construcción ha sido y sigue siendo completamente castiza (36).

Las pastorales suletinas han vuelto a la actualidad, con ocasión de la reciente edición de *Canico et Beltchitine* o, mejor, del prólogo que le ha antepuesto Gabriel Aresti: *Kaniko eta Belxentina*, Lur 1972. Si no me equivoco, la opinión de Urquijo en esa materia, nada personal, no era más que el fiel reflejo de lo que podía pensar el vizcaíno o guipuzcoano medio, en la medida en que podía entender el texto: me refiero, claro es, a la versión francesa de G. Hérelle (1908), el traductor de Blasco Ibáñez, edición en la que Urquijo tuvo algo que ver. Una manera de pensar, una ideología si se prefiere, no es intemporal, sino algo muy ligado a una época y a un país determinados, no solamente a unos intereses de clase. A decir verdad, que Urquijo fuera hostil a las pastorales o a los charivaris por ser burgués a aristócrata de condición, me parece la peor de las hipótesis posibles: la peor, precisamente por ser, además de gratuita, absolutamente innecesaria (37). Al paso que vamos, pronto vamos a enterarnos, si Dios no lo remedia, de que la primera mutación consonántica fue el resultado de una pertinaz sucesión de malas cosechas que obligó a los germanos a apretarse el cinturón fonológico, y la segunda, acaso, la consecuencia de una crisis económica circunscrita que alcanzó de lleno a bávaros y alemánicos y sólo en menor medida a

(36) Cf. *Textos arcaicos vascos*, Madrid 1964, p. 146. "Amatiño", por ejemplo, escribe en *Zeruko argia*, 7-V-1972: "Lotsagarria diogu, ze, gezurra dirudi hain azaleko arazo batez, jendea berotzea"; "Hitz erdi —diogu— ze, ez genduen sasoi hartan hiztegia eskura ahal izan era". He conservado la puntuación del original.

(37) Estoy de acuerdo, como se ve, con el artículo "Haritik landa" de Juan San Martín, en *Anaitasuna*, 30-IV-1972.

pueblos vecinos. Claro que alguno o algunos tienen total responsabilidad, por aquello de la acción y de la reacción, en la proliferación de aprendices de brujo a que estamos asistiendo. Todavía pueden, los inocentes, llevarse las manos a la cabeza y rasgarse con escándalo las vestiduras.

Para tomar la justa medida a un hombre y a una obra, no podemos limitarnos a anotar la parte que tomó de los ídolos de su tiempo o de su país o de su clase: si las despojamos de ellos, apenas queda nada propio en las opiniones del hombre corriente. Sólo se es más o menos excepcional en la medida en que uno, conscientemente, se aparta de ellos. Sería, pues, injusto reprochar a Urquijo que no apreciara más que sus contemporáneos el teatro sulefino o que, en su crítica de Menéndez Pelayo, aceptara el pie forzado que *Los heterodoxos españoles* le imponían. Lo que sí merece atención especial es el que en tantos aspectos se opusiera a las corrientes dominantes de su época, en general, si nuestros puntos de vista actuales son válidos, con el mayor acierto.

\* \* \*

Como editor de textos esenciales para la historia de la lengua, y hasta para la historia a secas, los merecimientos de Urquijo están por encima de toda ponderación. Su «Refranero vasco», inacabado (este *Anuario* empezó su vida publicando el inédito «De paremiología vasca», I (1967), 3-44, con la edición que preparaba de un ms. de Oihenart), es un modelo de sólida labor filológica, ilustrado con gran riqueza de paralelos, que fue mejorando de obra a obra, desde Sauguis hasta los *Refranes* de 1956. La publicación en facsímil de tantas obras esenciales, precedida algunas veces de magníficas introducciones, no fue un capricho de bibliófilo rico, sino la consecuencia de su preocupación por la reproducción más perfecta posible. Como escribió René Lafon (38), «l'un des plus précieux services que la RIEV a rendu aux spécialistes et aux amis de la langue basque est de leur avoir permis de lire et d'étudier commodément, et dans des conditions offrant toutes garanties d'exactitude, les plus anciens textes, littéraires ou non, écrits dans cette langue, qui leur eussent été, sans cela, presque ou tout à fait inaccessibles».

Añadiré una aclaración que debiera ser innecesaria, pero que desgraciadamente, en la caótica confusión actual, no lo es. Hay gentes

---

(38) *Hom. Urquijo* I (1949), 433.

aquí para quienes, al parecer, una determinada actividad editorial reciente —no creo que haga falta añadir precisiones— es comparable a esta obra de Urquijo, o que al menos la continúa. Yo diría que esta comparación, más dañosa por ir a menudo implícita, además de insensata, es hasta blasfema, al menos para los pocos que todavía tomamos en serio estas cosas. Las dos empresas difieren *toto caelo* en los medios y en los fines. Urquijo, sin quitar nada a nadie, trabajó para los demás: para los pocos o muchos —cada día son más, por suerte— que llegaran a interesarse por cosas cuyo valor no se estima sólo en dólares o en pesetas. A su servicio empleó mucho tiempo y mucho dinero en la adquisición, reproducción y publicación de textos. Ha sido una suerte, para quienes no lo hemos tenido, que alguien dispusiera del dinero suficiente para que todos pudiéramos gozar al menos de una parte del fruto que con él se podía conseguir. Lo de ahora es una empresa comercial, consagrada exclusivamente al lucro propio. Nada hay que objetar, dada la sociedad en que vivimos, a no ser en el sentido de que una actividad que lleva consigo el provecho a que estaba encaminada no puede tener pretensión alguna a recabar, por añadidura, gloria y reconocimiento.

Es decir, nada habría que objetar si, a diferencia de lo que siempre han hecho «Johnson Reprints», etc. (porque esto no se ha inventado en Bilbao), los bienes ajenos, entre ellos la obra de don Julio y de la Sociedad de Estudios Vascos (cuya vida legal, que se sepa, no ha tenido término todavía), no fueran tratados como baldíos y mostrencos. Hay que tener muy buena voluntad, o muy poco juicio, para confundir con el original una imitación tan burda.